

Rescates, réplicas y contrarreplicas

Música para la guerra

Un acordeón tras la reja

MANUEL ZAPATA OLIVELLA

Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 2020, 24 pp.

—O tocas para mí o nunca más lo harán
tus manos para otro.

El vestido roto de la ahijada y los labios amoratados por
los besos salvajes del Cabo.

La emborrachó con aguardiente.

—Mire, padrino, es mejor que toque. Ya son muchos los
que han echado al río. (p. 13)

POCOS RELATOS amalgaman la atrocidad de la guerra con la sublimidad de la música. El resultado de dicha pretensión es una pieza de la narrativa breve colombiana: *Un acordeón tras la reja*. En esta, Zapata Olivella logra sintetizar la sensibilidad de un pueblo por su expresión sonora, así como la proterva y funesta actuación de la policía en tiempos de la guerra bipartidista.

La historia es atrozmente sencilla: el Cabo y doce de sus edecanes acaban con el sosiego y la animosidad de las gentes de un pueblo ubicado a orillas del río Magdalena: amedrentan, asesinan, violan mujeres (las buscan vírgenes). Ejecutan sus acciones en nombre de las banderas azules. Entonces, el Cabo busca al protagonista, Pacho Rueda, conocido por alegrar al pueblo con su música.

Te he mandado a buscar para que me toques esta noche que quiero emparrandarme. Tienes fama de ser el mejor acordeonero a todo lo largo del río. Uno para el otro. Porque después de mí, tú eres el hombre de quien más se habla por estas tierras. (p. 9)

Pero el músico se niega. Antes de amanecer preso y de recibir como amenaza la pérdida de sus manos, es testigo de una horrible violación. Su talento es su dignidad y su salvación, también por la forma en que es chantajeado. El Cabo lo sabe, y por eso lo encierra con su instrumento. Pacho, acostumbrado a alegrar bodas, bautizos y las festividades de su población, se resiste. El narrador dice: “Él no tocaría para halagar a ningún asesino” (p. 9).

En tan solo unas cuantas páginas nos sentimos conmovidos por la suerte de personajes que pudieron ser personas de carne y hueso, en una guerra de la que siempre habrá alguna sevicia por descubrir. El Cabo, acaso sin saberlo, no se conforma con asesinar, violar y generar pánico; también pone en riesgo el símbolo cultural y de representación colectiva de la comunidad.

El acordeón de Pacho Rueda es más poderoso que las armas de los heraldos azules. Mientras estas silencian almas con su letalidad y generan escozor y miedo, las

melodías que se deslizan sobre las manos y el acordeón de Rueda son como una magia iluminadora y revitalizan el ánimo de una comunidad que parece vencida.

Las palabras que Pacho se dice a sí mismo en el calabozo, y que intentan perseguir el ritmo de su música, son elocuentes:

Has tenido miedo a este calabozo desde niño ahora estás aquí la cárcel en la única casa de calicanto del pueblo los barrotes en cruz siempre me persignaba frente a esta ventana cuando venía de la escuela la luna se ha ocultado y amanecerá pronto tengo más de seis horas aquí la vejiga inflada más me duelen los tobillos como si sostuvieran el cepo de guayacán en el aire me estiro sobre el piso frío y pongo el acordeón de almohada rezonga no sabe que al amanecer te cortarán las manos otros dedos le manosearán el teclado ¡ni siquiera serán tus hijos! [...] si el Cabo me diera tiempo podría hacer una canción con este tema debía escupirle el rostro como el sacristán su novia estaba embarazada tuvieron que matarla para abrirle las piernas el muchacho asomaba la manito empuñada por la barriga abierta con el yatagán la enterraron sin cura no quiso verla por eso creo que era su hijo cantan otra vez los gallos mi acordeón siempre se les adelantaba ¡esas sí eran parrandas! Es difícil orinar boca arriba. (p. 13)

Zapata Olivella condensa astutamente elementos que parecen inconciliables: guerra y música (Evelio Rosero, aunque en una novela, propone guerra y erotismo en *Los ejércitos*). Pero no como premonición de un ocaso, al estilo de las trompetas de la muerte, sino como esperanza y fuerza, vitalidad y resistencia de un pueblo que no está dispuesto a perder su identidad por los salvajes.

A ello hay que sumar la acertada narración, que intercala dos voces: la de un narrador omnisciente y el soliloquio de Rueda, que habla como si cantara, fiel imitación de un acento recostado en notas sonoras.

Un acordeón tras la reja es un cuento que contrapone dos fragilidades: la de quienes son víctimas de la brutalidad de los ejércitos, y la del sentido existencial que genera su unidad sonora. Es la música que emerge del acordeón de Pacho Rueda la que llena de brío y coraje a los parroquianos, quienes al enterarse de que el peligro acecha a su músico se juntan para evitar otra desgracia.

El pueblecito se despierta. ¡Ese acordeón! Encalabozado a la media noche y es ahora cuando se enteran. La música sale de la ventana por donde otras veces se oyó el llanto de los flagelados. Las mujeres que regresan del río se detienen para oírlo. Pasan frente al hueco enrejado sin que nadie les pida una totumada de agua. Las notas más que los comentarios expanden la noticia.

—Está preso.

El rumor camina. Se adelanta a los bogas cuando se acercan al embarcadero. El café se toma amargo. El mercado ahoga su natural algarabía para escucharlo. Nunca antes les pareció tan sonoro y tan alegre ese acordeón.

—No permitiremos que el Cabo le corte las manos. (p. 17)

Las gentes se unen. Hay una sublevación. ¿Qué pretendía Zapata Olivella con este relato? Dignificar, valorizar, reivindicar el legado cultural de una región que, aun en las adversidades más nefastas, permanece estoica y contenta. El dolor es arrojado con notas musicales. El acordeón es el símbolo de libertad y fortaleza. No sobra decir que la hermosa edición del libro acordeón, del Instituto Caro y Cuervo, es un magnífico homenaje al escritor. Una joya del cuento colombiano y una joya de libro. De seguro crecerán los lectores.

Jaír Villano